

Ecos de la existencia

José Barroso



Nacido en San Roque (1955), a Pepe Barroso hay que considerarlo una figura destacada en un ámbito ya de por sí notable desde numerosos ángulos. En efecto, el Campo de Gibraltar es territorio excepcional desde lo físico a lo metafísico, desde lo mitológico a lo histórico, desde lo terrestre a lo cósmico, donde, en fin, la propia geografía conforma un mágico paisaje único, que separa y une dos mundos, siendo ese conjunto de singularidades lo que, tal vez, ha propiciado el germen y eclosión, desde principios del siglo XX, de un acontecer artístico notabilísimo, diverso, singular y verdaderamente atractivo.

Algo de todo ello pudo apreciarse en aquella exposición de inusual importancia que tuvo lugar en los Claustros de Santo Domingo, en Jerez y en 1984.

Centremos ahora nuestra atención en el decurso de la pintura de Barroso. Tomando como única herramienta la memoria y las imborrables impresiones que en ella sus obras han ido guardando, no me descamino al recordar al Barroso de hace una treintena larga de años, como artista siempre valientemente ajeno a las oleadas que las modernidades cada vez más inanes y decadentes han ido ensombreciendo hasta la idiocia el arte de nuestros siglos. Evoco sus cuadros en los que tres elementos configuraban su factura: el dibujo, a la vez firme y desvaído de la figura humana, la tendencia hacia un cromatismo muy cercano a las tierras tostadas y la inclusión de algún texto, cuya grafía, concebida como un elemento plástico más, venía a contribuir a la solución estética del conjunto. Y éste, siempre resuelto con veladuras que proporcionaban una sugestiva profundidad a la obra, se hallaba inmerso en un dinamismo juvenil y barroco, hacedor de que todo volara y se esfumase, apareciendo y desapareciendo en una atmósfera que, extralimitada de los límites del soporte, invadía el lugar del espectador, conduciéndolo al interior de la emoción y de la idea pintadas.

En cuanto a los temas plasmados, siempre hubo en ellos un más o menos evidente poso de reflexión ética, aspecto que nunca ha abandonado su quehacer artístico. Es decir, la pintura de Barroso, sin atender a otros incentivos estéticos, se ha desenvuelto en una figuración, a la vez evanescente y decidida, apoyada en un manejo del oficio (eso hoy tan vilipendiado) notabilísimo.

Pero hacia el cambio de siglo se va produciendo una transformación, poco a poco sustancial, en lo que el artista realiza y al espectador ofrece. Formalmente, de un lado acaba con la técnica de las veladuras. Lo que

se pierde en transparencias se gana en solidez de la materia pictórica, que deviene en gruesa capa donde no es difícil seguir el rastro del pincel, con lo que el color se hace más sobrio, denso y opaco. Los temas acusan una, tal vez, insufrible melancolía ante los hechos que van ensombreciendo la vida de nuestro planeta: denuncia, increpa, señala, advierte, pone de manifiesto la equívoca senda que la multitud sigue inconsciente, pero ello plasmado con una contención lejana a todo estruendo. Para ello, entiendo que entiende el artista, están los “medios de comunicación y/o desinformación”.

Ese silencio austero me ha recordado la pintura que se realizaba en la Rusia soviética tras la era estalinista. Gran pintura, mírese por donde se mire, aquel “Estilo severo” de las décadas finales de la URSS, muy poco valorado en el “occidente democrático”, más proclive al onanismo que al verdadero Arte. Es el verdadero noble arte del siglo XX.

Entre los desolados paisajes, atraen nuestra atención unas extensas llanuras hacia cuyos azarosos fondos se encaminan pequeñas y solitarias figuras humanas, que son más sombras de sí mismas que cuerpos de hombres. ¿De dónde vienen y hacia dónde van estos caminantes que avanzan sin mostrar relación alguna entre ellos? Muy sumariamente ejecutados, estos descorazonados paisajes, sobre los que caminan supervivientes o fugitivos, no vienen a ser sino visiones anticipatorias de lo que puede llegar a ser el mundo que habitamos, “bonito, ruidoso, multitudinario, insufrible, peligroso y plebeyo como un centro comercial”.

Por otra parte, el bosque y sus enigmas y heridas viene siendo un tema recurrente en la actual pintura de Barroso. Hay que entender, creo, que el artista interpreta el paraje nemoroso como sinónimo de vida. Un lugar, otrora sacro, ahora vulnerado. A este respecto, una pintura no deja lugar a dudas: con pinceladas densas, amplias y rápidas se describen los troncos de unos árboles en la linde de un bosque. El cromatismo frío se resuelve con grises azulados. Otras veces sobre las frondas flota un rectángulo, que no es sino el vano de una puerta o ventana hacia una realidad invisible, huidiza que, sin

duda contiene las grandes interrogaciones que los inteligentes no pueden esquivar.



El bosque de niebla. Acrílico sobre madera.
21 x 27 cm



Las libélulas grises. Acrílico sobre papel.
30 x 40 cm

No quiero dejar sin señalar una pintura que poderosamente me ha llamado la atención: “La roca”. Obra de gran formato, presenta un interior sombrío gris-verdoso, construido con una perspectiva cónica, que nos permite ver los laterales, el suelo y el techo, en cuya mitad un foco de luz cenital ilumina una roca irregular y blanquecina que flota en el vacío. La roca parece dotada de una energía interna que sin ayuda exterior la mantiene en el aire. La gran piedra levita. El fenómeno de la levitación, que contradice las elementales leyes de la física, es, no obstante, algo relativamente común en estados de

conciencia, digamos, alterada, tal como podemos recordar algunos casos en la hagiografía católica o tibetana. El hecho, aquí, está representado con una simplicidad admirable. Ningún recurso retórico distrae al espectador de la perfecta naturalidad de lo insólito.



La roca ingravida. Acrílico y lápiz color sobre papel fabriano 300 gr. 150 x 200 cm

Enseguida, esta insigne roca levitante me ha recordado otra no menos célebre, la que aparece

en un dilecto óleo de Magritte, "El castillo de los Pirineos" (1959). En el aire, sobre una playa, un descomunal peñasco granítico soporta una inexpugnable fortaleza. Y no en vano me ha llegado esta memoria, pues el propio Barroso ha pintado un interesante comentario a la obra del belga: "En tránsito": en un muy parecido paisaje playero, una también descomunal piedra se mantiene flotando en el vacío. Este interés de Barroso por los cuerpos que permanecen o se deslizan en el espacio, sin otro recurso que su propia voluntad, lo vamos a ir viendo en otras obras de análoga composición: sobre un fondo boscoso parece un ente esférico translúcido. El significado de estas apariciones puede ser vario y estar sujeto a numerosas hipótesis. En definitiva, y por no perdernos en interminables explicaciones, podemos ver en todo ello preguntas o adivinanzas que el artista lanza para que la sensibilidad o inteligencia del espectador las resuelva, arriesgando su tino en el "juego de los significados".

Manuel Caballero, pintor y crítico de arte



Universos paralelos. Acrílico sobre papel fabriano 300 gr. 100 x 70 cm



La geometría sagrada. Acrílico sobre papel. 200 x 140 cm



Fractales. Díptico. Acrílico sobre madera. 100 x 200 cm



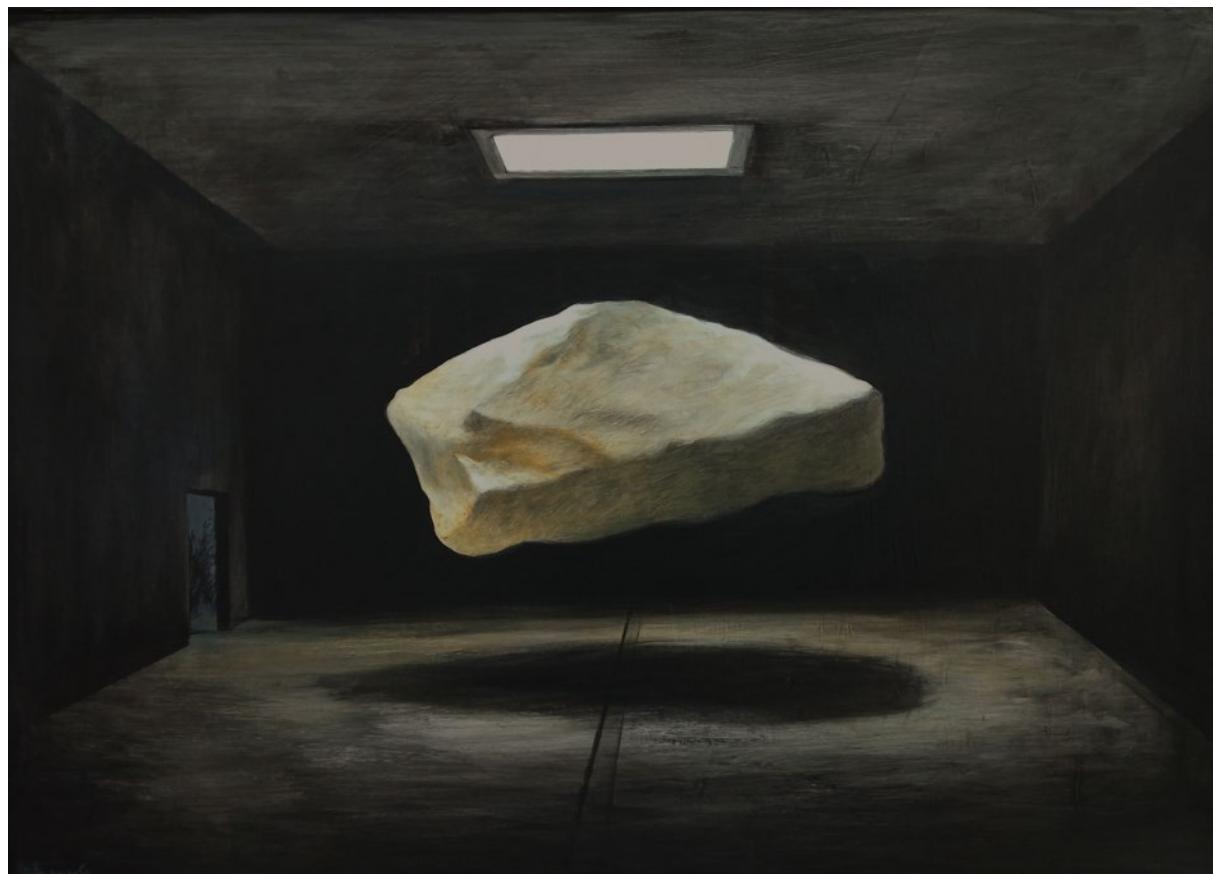
La espera
Acrílico sobre madera. 60 x 60 cm

Esta obra de Pepe Barroso evoca una poderosa tensión entre la vulnerabilidad y la esperanza. La figura de la chica, sentada de espaldas, simboliza la introspección y la fragilidad humana, mientras que la roca que amenaza con caer representa los peligros inminentes de la vida. El mar gris, con su tonalidad sombría, sugiere un estado de melancolía y desasosiego, pero la línea que se asoma en el horizonte introduce un destello de esperanza, un recordatorio de que siempre hay luz, incluso en los momentos más oscuros. La elección del acrílico sobre madera, permite a Barroso jugar con texturas y matices, intensificando la atmósfera de la obra. La composición invita al espectador a reflexionar sobre su propia relación con el riesgo y la resiliencia. En conjunto, esta pieza es un diálogo visual que desafía al observador a confrontar sus miedos y a buscar la esperanza en medio de la adversidad. La obra, aunque inquietante, es un testimonio de la capacidad humana para encontrar belleza y significado en la lucha.

*Evolución*

Acrílico sobre madera. 146 x 114 cm

La obra que se presenta es un fascinante paisaje dominado por una paleta de azules que evoca tanto la serenidad como la melancolía. Las nubes, con su disposición cuidadosa, crean una atmósfera etérea que invita al espectador a perderse en la profundidad del cielo. En el primer plano, el grupo de personas en un éxodo simboliza la búsqueda colectiva de un futuro mejor, un viaje que resuena con la experiencia humana de esperanza y anhelo. El objeto enigmático, que parece sacado de la mente del astrónomo Dyson, actúa como un faro de posibilidades, desafiando las limitaciones de la tecnología actual y sugiriendo un contacto con lo desconocido. Este elemento extraño no solo rompe con la realidad, sino que también plantea preguntas sobre la evolución y el destino de la humanidad. La composición, al equilibrar la vastedad del paisaje con la figura de las personas, invita a la reflexión sobre la conexión entre el individuo y el cosmos. En conjunto, la obra es un poderoso comentario sobre la búsqueda de significado en un mundo en constante cambio, donde la esperanza y la curiosidad son motores esenciales del progreso.

*La roca*

Acrílico sobre madera. 100 x 70 cm

La obra presenta un escenario intrigante y perturbador, donde la paleta de grises establece un tono sombrío que envuelve al espectador en una atmósfera de misterio. La luz cenital, casi cegadora, resalta la imponente roca flotante, un símbolo de lo inalcanzable y lo inexplicable, que desafía las leyes de la gravedad y, por ende, la lógica misma. Este elemento central no solo capta la atención, sino que también invita a la reflexión sobre la naturaleza de la realidad y la percepción. La puerta, situada en el fondo a la izquierda, actúa como un poderoso símbolo de esperanza, sugiriendo que, a pesar de la inquietud que genera la escena, siempre hay una salida o una posibilidad de redención. La referencia a la profecía de Oseas añade una capa de profundidad, sugiriendo que incluso en momentos de desesperación, hay espacio para la esperanza y la transformación. La composición, al equilibrar la monumentalidad de la roca con la fragilidad de la puerta, crea un diálogo entre lo tangible y lo intangible, lo desesperanzador y lo esperanzador.



Portal dimensional

Acrílico sobre madera. 140 x 200 cm

La obra, con su gran dimensión de 140 x 200 cm, se presenta como un viaje visual que invita al espectador a explorar la noción de realidades paralelas. La paleta restringida, aunque rica en matices, crea una atmósfera de misterio y profundidad, sugiriendo un bosque que, a primera vista, parece familiar, pero que rápidamente se transforma en un espacio de lo desconocido. En el centro, la puerta hacia otra dimensión actúa como un umbral simbólico, un punto de transición que desafía la percepción del espectador y lo invita a cruzar hacia un bosque paralelo, evocando la teoría de los multiversos. Este elemento central no solo capta la atención, sino que también plantea preguntas sobre la naturaleza del espacio y el tiempo, sugiriendo que lo que conocemos es solo una fracción de una realidad mucho más amplia. La obra juega con la idea de que el tiempo y el espacio son fluidos, trascendiendo las limitaciones de nuestras experiencias cotidianas. La interacción entre el bosque y la puerta crea un diálogo entre lo conocido y lo desconocido, lo tangible y lo etéreo. En conjunto, esta pieza no solo es un deleite visual, sino también una invitación a la reflexión sobre las infinitas posibilidades que existen más allá de nuestra percepción.



Cambio climático
Acrílico sobre madera. 114 x 146 cm

Esta obra nos sumerge en un paisaje casi onírico que evoca una profunda sensación de melancolía y desolación. Los caminantes, dispersos y solitarios, representan la búsqueda universal de un futuro mejor, un anhelo que resuena en la condición humana. El uso de colores fríos y un cielo oscuro crea una atmósfera opresiva, donde la luna, en su lejanía, parece observar la lucha de estos individuos perdidos en el vasto vacío del cosmos. Este elemento lunar, flotante y casi fantasmal, simboliza la esperanza y al mismo tiempo la indefensión ante lo incontrolable del tiempo y el destino. El paisaje, un eco de lo que alguna vez fue, sugiere una nostalgia por un pasado que se ha desvanecido, enfatizando la fragilidad de la existencia. La obra invita a la reflexión sobre la condición actual de nuestra sociedad, atrapada entre la búsqueda de mejores condiciones y la inevitable realidad de un mundo que cambia constantemente. En su conjunto, el trabajo logra transmitir una belleza inquietante que nos confronta con la soledad y la lucha del ser humano en su travesía por la vida.

